

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º especial

25 cts.



**El
Ladrón
de Bagdad**

por
Douglas Fairbanks

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción | Gran Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono 4423-A
BARCELONA

Año III

Número especial

EL LADRÓN DE BAGDAD

:: Genial superproducción, interpretada
por el coloso de los artistas americanos

DOUGLAS FAIRBANKS

UNITED ARTIST

CONCESIONARIOS PARA ESPAÑA :

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

RAMBLA DE CATALUÑA, 52 - BARCELONA

Con este número se regala una postal en la que aparece el
popular **DOUGLAS FAIRBANKS** en una de las
escenas de esta magnífica obra de su talento



EL LADRÓN DE BAGDAD

Comentario y argumento de la película

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura militar

En la *Sala Marivaux* de la «Ville Lumière», el local preeminente en el que sólo se exhiben películas de positivo valor, se reúne cada día y cada noche un público numerosísimo que entra ansioso y sale satisfecho... ¡Ha «visto» al «Ladrón de Bagdad»!

¿Por qué Douglas Fairbanks ha «filmado» esta película colosal?... Cómo se le ha ocurrido el presentarnos, el deslumbrarnos con las miríficas bellezas del remoto Oriente en sus magnificencias ya extinguidas?...

Dejémosle la palabra.

—Tiene no poca parte la fantasía en la gestación de mi idea de «filmar» «El Ladrón de Bagdad». Parecía que una fuerza invisi-

ble me empujaba. Constituye para mí como un tributo innegable a la belleza que se oculta... Yo siento especial admiración para estas ideas que surgen en el interior de uno como por arte de magia, absurdas, extrañas, imperativas... A ellas debe la monotonía de la vida no pocas derrotas, merced a ellas nuestra existencia no es una aburrida continuación de quebrantos, dolores, o cuando menos, de indiferentes sucesos.

El alma humana que aspira a la belleza, que trata de elevarse, se manifiesta en nuestra simpatía y amor por los cuentos de hadas durante la infancia. Este amor perdura siempre oculto en lo más recóndito de nuestro ser, y es siempre con placer que vemos desarrollar ante nuestros ojos las bellezas fantásticas de una creación inverosímil o nos solazamos escuchando una leyenda irreal pero subyugante.

La lucha por la existencia nos obliga a dejar en segundo plano los sueños, los deseos ardientes, las ambiciones de nuestra infancia o nuestra juventud... pero si nos re-concentramos, los encontraremos siempre latentes dispuestos a proporcionarnos el placer de extasiarnos ante las fantasías de lo irreal.

La imaginación es inherente al ser humano. Nuestro YO íntimo está siempre ansioso de vivir momentos más brillantes, más fan-

tásticos que los de nuestra vulgar vida cotidiana.

«El Ladrón de Bagdad» es la historia de nuestros sueños, la realización, mejor dicho, de los mismos.

Satisfacer estos ocultos deseos, dar satisfacción a los callados anhelos de nuestra más o menos reservada fantasía... éste ha sido mi propósito... Por esto he «filmado» «El Ladrón de Bagdad».

Théodore de Andréu

Y pues disponemos de reducidísimo espacio, vamos sin más preámbulo a intentar la narración de una síntesis que dé una idea de «El Ladrón de Bagdad».

TEODORO DE ANDREU

Corresponsal en España de
«CINEMAGAZINE»

París, octubre, 1924.

EL VISIR Y EL LADRÓN

En Bagdad, la ciudad maravillosa, uno de los edificios fantásticos que más sobresalen del conjunto de ensueño, es la gigante Mezquita, en cuyo interior el Gran Visir, rodeado de fieles sumisos y sinceros creyentes, ora con fervor y dirige de vez en cuando, con gestos de iluminado, la palabra a sus feligreses y oyentes.

La ceremonia larguísima llega a su fin con las frases solemnes de ritual que el Visir pronuncia con énfasis:

—¡Oh, verdaderos creyentes de la única religión!... Esperad vuestra felicidad del Muy Alto.

Todos escuchan estas palabras con unción... Cuando de pronto resuena en el espacio la voz timbrada de un intruso que grita irreverente:

—¡Mientes!... Lo que yo quiero lo tomo... Este es mi leña.

Es Ahmed, el temido, el famoso Ladrón de Bagdad, que perseguido por haber robado una cuerda mágica, se introdujo en la Mezquita, y a favor del producto de su misterioso robo logra escapar como por encanto, no sin dejar a todos los circunstantes atónitos e indignados.



Es Ahmed, el temido, el famoso Ladrón de Bagdad...

LA PRINCESA HERMOSA Y SOÑADORA

¿Quién es Ahmed?... El Ladrón de Bagdad. Pero, ¿quién es el Ladrón de Bagdad? Es un joven que tiene siempre en el rostro la sonrisa del que posee fe ciega en sí mismo y en su porvenir. Ha robado cuantiosas riquezas, tesoros inverosímiles que ha gastado con mano libre de modo tal que siempre anda escaso de oro, él, que ha poseído, o mejor dicho, se ha apoderado de tantos tesoros.

Su cuerpo es elástico como un junco, sus músculos sin embargo son de acero y su audacia... ¡oh!, su audacia es indescriptible. El todo lo puede, porque todo lo arriesga fiado en él, en su suerte, en su estrella. Nunca retrocede ante nada ni ante nadie. Irradia simpatía, sus fechorías son comentadas jocosamente, y no son pocos los que se alegran de que las riquezas amasadas por los viejos avarientos pasen a poder de Ahmed, que las distribuye entre todos.

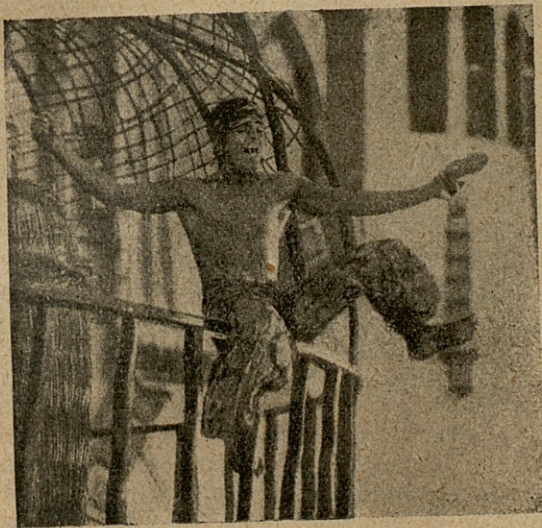
—¿Por qué robas, Ahmed?

—Porque nada me produce tanto placer, me interesa de tal modo, ni me proporciona semejante satisfacción.

Y sigue robando optimista, risueño, alegre... y no se ríen sus víctimas, naturalmente,

pero las escoge con tanta gracia, que los demás se alegran como él de aquellas expropiaciones.

Cierta noche, se le ocurrió escalar el pa-



Su cuerpo es elástico como un junco...

lacio del propio Califa. La cuerda mágica que acababa de robar a un genio barbudo y de malas pulgas, le sirve a las mil maravi-

llas para sus propósitos, y así encuéntrase cómodamente, mas no sin correr serios peligros, ante los fabulosos tesoros del más alto magnate de la nación...

Absorto se halla en su contemplación y dispónese ya a echar mano sobre las piedras preciosas, cuando llega a sus oídos melancólica, dulce y misteriosa la cadencia armónica de una melopea seductora de sublime melodía... Atraído por ella, atraviesa las salas imponentes del palacio más hermoso del mundo y no se detiene hasta penetrar en las habitaciones particulares de la propia princesa... ¡Oh, qué maravilloso tesoro es aquella joven de sin par belleza!... Ahmed, sin preocuparse ni poco ni mucho del enorme peligro que corre permaneciendo allí, la contempla con recogimiento casi religioso... La princesa duerme... ¡Qué hermosa!... Su cuerpo parece irradiar destellos angelicales; su rostro... sus labios de grana... todo es en ella seductor... Con la vista recorre goloso tanta magnificencia acumulada en una personita tan pequeña y graciosa... La princesa no cuenta seguramente más de diez y ocho años...

¡De pronto despierta, y al ver a un hombre en su aposento no puede contener un grito que sofoca prontamente ella misma al verlo apuesto y arrogante de su figura; así como sojuzgada a su simpatía sin límites!... Ahmed

ha tenido la suerte de poderse acercar sin que vuelva a gritar... los jóvenes se miran intensamente... Ahmed se estremece... la punta afilada de los nacarinos dedos de la ideal, ha rozado sus toscas manos...



... los jóvenes se miran intensamente...

Pero ya había cundido la alarma en el palacio. Un gigantesco esclavo mogol, armado de un terrible puñal dispónese a caer encima del audaz ladrón... Y entonces Ahmed vese obligado a poner en juego su fuerza, su agilidad colosal... Acuden más esclavos, pero el Ladrón no se arredra. Parece que tiene más valor, más destreza que

nunca... ¿Acaso la Princesa de ensueño no le está contemplando dando muestras evidentes del interés que se toma por su causa?... Y Ahmed vence y huye... huye... pero esta vez no ha robado nada... al contrario, ha dejado prendido en los ojos de la hermosísima su propio corazón.

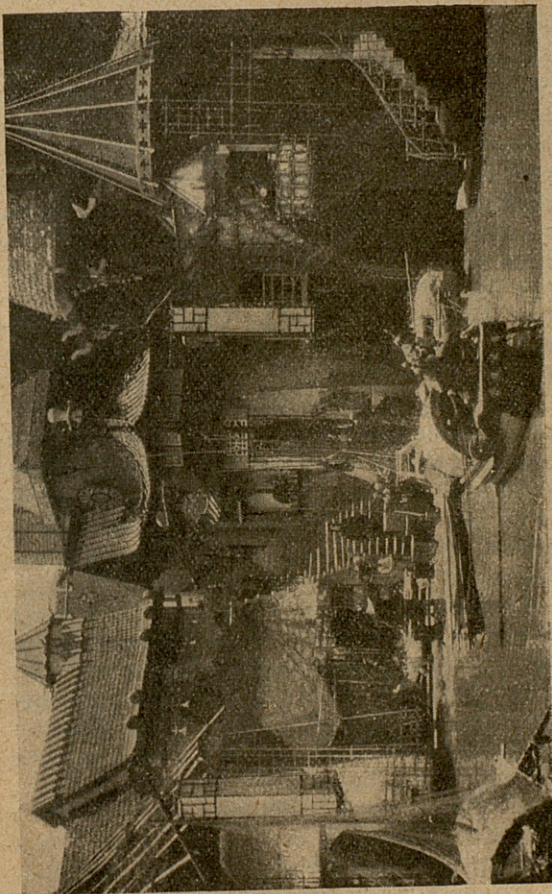
LOS NOVIOS

La hija única del poderoso Califa acaba de cumplir sus diez y ocho años. Es preciso casarla... pero la elección del afortunado mortal que ha de poseer aquel tesoro de gracias, no es fácil.

Tres príncipes la codician. El Príncipe de las Indias, el Príncipe de Persia, y llegó uno de la remota Mongolia...

Pero he aquí que el día fijado para la recepción de los pretendientes para que la princesa escoja, se presenta otro aspirante a su mano... ¿Otro aspirante?... Sí... El Príncipe Ahmed... Así, tal como suena: el Príncipe Ahmed... ¡Qué audacia!

El Príncipe Ahmed es joven y hermoso como un dios, monta a caballo como un centauro... y mana de sus ojos un fluido esclavizante que sugestiona a la hermosa...



Tres Príncipes la codician... Y llegó uno de la remota Mongolia...

El Príncipe y la Princesa ya se conocían... El príncipe Ahmed es el Ladrón Ahmed... Sí, el mismo El Ladrón de Bagdad. Algunas horas después, habiendo salido vencedor en todas las pruebas de fuerza y agilidad y gracia, el anillo del prometaje es ofrecido al venturoso mortal... Pero en aquel momento solemne es reconocido por el esclavo mogol. Esta vez es inútil resistirse: miles de soldados caerían sobre él a la primera señal... El pobre Ahmed es reducido y flagelado cruelmente ante todos los presentes... ante ELLA...

Pero ella ha rehusado admitir nuevamente el anillo de prometaje. Aquel hombre es el escogido de su corazón y se considera ya su novia. Ahmed, medio muerto, es arrojado fuera del palacio... ¡Pero conserva su anillo!... ¡Este ser en adelante su poderoso talismán!

Calmado el tumulto que la precedente escena ha provocado el Califa conmina a su hija a que escoja nuevamente entre los tres príncipes restantes... Y la Princesa, naturalmente, no tiene valor para confesar su amor por el Ladrón... Vacila... duda... Pero al fin parece haber hallado la solución.

—Seré la esposa del pretendiente, SEA quien SEA, que antes de siete lunas ponga a mis pies el más grande tesoro del mundo...

La enamorada así ganará tiempo... y...

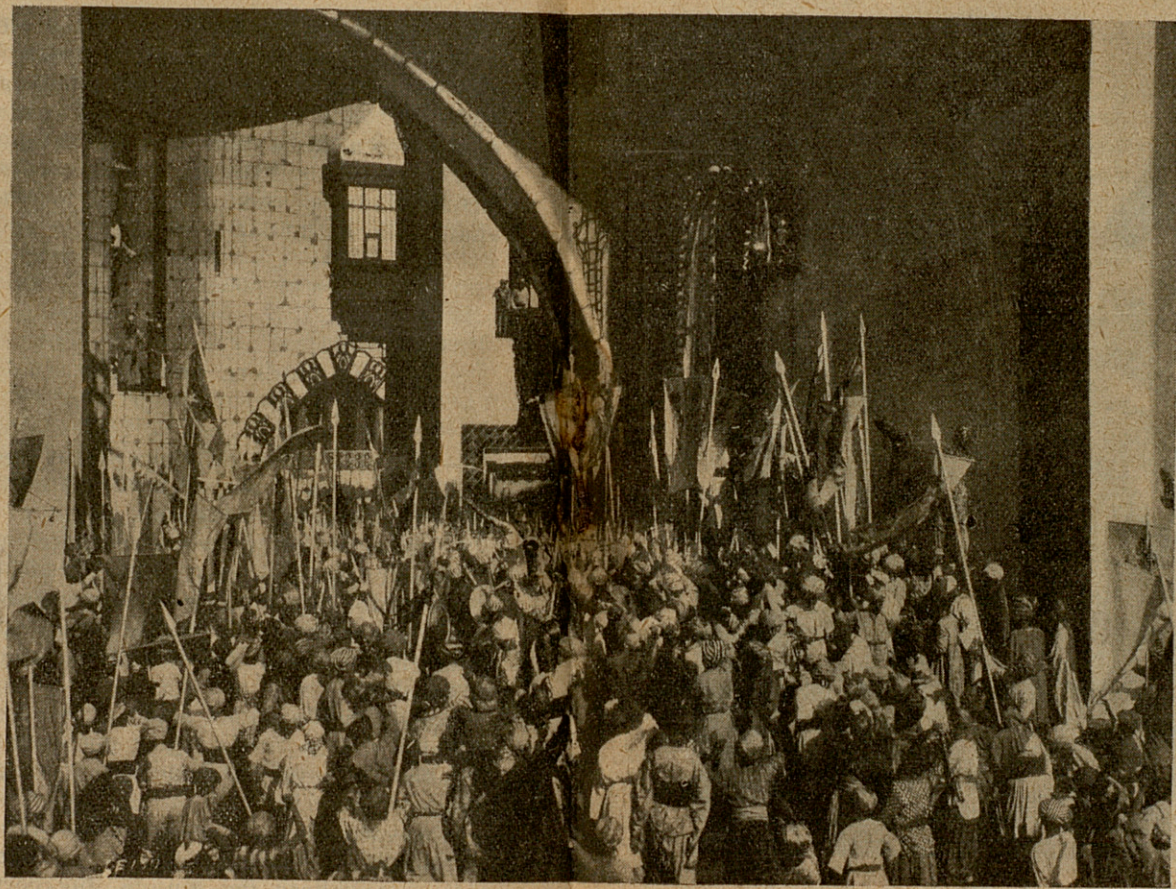
¡tiene tanta confianza en que Ahmed, siendo el que menos posee, conseguirá poseer más que nadie por su amor!... Así queda acordado, y todos los Príncipes lanzanse por el mundo en busca de lo más valioso que en él exista... Y la Princesa queda esperando ensimismada en sus recuerdos, locamente enamorada del audaz Ahmed.

EL ACICATE DEL AMOR

—¿Por qué no he de poder ser el esposo de la Princesa?—se preguntó Ahmed con naturalidad desconcertante.

Y como lógicamente no había respuesta alguna que oponerle negativamente, Ahmed, que adoraba a la mujer de sus ensueños, decidió luchar como un bravo para disputar a sus encumbrados contrincantes el amor de la anhelada.

Transformado por el amor, Ahmed comprendió que no debía seguir por el camino orgulloso de esperarlo todo única y exclusivamente de sí mismo. Y así, dulcificando sus bravatas, lo primero que hizo antes de emprender la hazaña de conquistar el tesoro más valioso del mundo, fué correr a



Inmediatamente, como si surgieran de las entrañas de la tierra, brotaron miles de hombres.



Transformado por el amor...

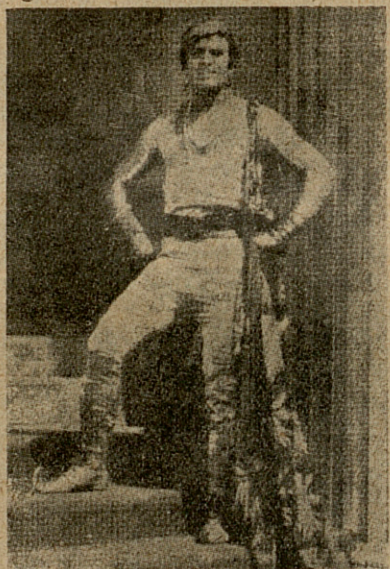
postrarse a los pies del Visir que había escarnecido.

El sacerdote, viendo el cambio operado en el espíritu del recalcitrante, sintió especial satisfacción, y a fin de esclavizarle más y más en la creencia verdadera, accede a interceder cerca del Altísimo a fin de que le conceda la felicidad que tanto ambiciona.

Con la bendición del venerable anciano, Ahmed recibe de sus labios las indicaciones indispensables para apoderarse de la Cajita Mágica, talismán de incommensurable poder que le permitirá obtener incontestablemente la mano de su amada por encumbrada que se encuentre.

Pero, si bien conocedor del camino que debe emprender, no es mucha la ventaja que posee Ahmed, pues es la ruta peligrosísima, por no decir infranqueable. En efecto, la primera etapa la constituye «El Valle de los Monstruos». En él, Ahmed ve obligado a luchar como un titán contra unos dragones enormes, que al fin y al cabo consiguen vencer. Pero cuando victorioso dispónese a seguir adelante, un murciélago enorme intercepta nuevamente su paso y se ve obligado de nuevo a desarrollar una lucha épica. Su agilidad le salva, y dominado el monstruoso avechuelo puede salir indemne del peligrosísimo y hasta entonces nunca franqueado «Valle de los Monstruos».

Y continúa impertérrito y sin desfallecer su grandiosa aventura, guiado siempre por



Y continúa impertérrito y sin desfallecer su grandiosa aventura...

la figura adorada de la mujer que tanto ama.. La Princesa parece darle ánimos, avivar su valor, acrecentar su audacia... Y así pensando

en la que ya lo es todo para él, llega al «Palacio de Cristal», situado en el fondo del mar... Y es entonces que ve obligado a luchar contra elementos verdaderamente superiores a sus fuerzas, de hombre al fin... Pero cuando un hombre ama es más que un hombre, y Ahmed nada como un pez, lucha como un dios, y tiene la «estrella» divina... Y caen a su lado vencidos los monstruos más terribles, y consigue pasar indemne igualmente por el misterioso «Palacio de Cristal». Fuera inútil querer describir la magnificencia de aquella mansión de los genios del mar. Si grandiosas son las bellezas que se elevan sobre la tierra, nada tienen de comparable con las que se yerguen en el fondo de los mares insondables...

Hállase Ahmed próximo a salir del esplendente pero terrible recinto, cuando se encuentra ante la «Escalera de los Mil Peldaños»... es decir, un artefacto indescriptible, obra de los genios marinos; una escalera cuyos peldaños, renovados constantemente, por más que un hombre suba y suba y los escale, nunca tienen un término para él... Pero no en vano los músculos de Ahmed reúnen la elasticidad del caucho y la solidez del acero... y allí donde tantos y tantos audaces murieron o renunciaron, triunfa asimismo Ahmed... En primer lugar porque se trata de Ahmed, y en segundo, ¿acaso

no se encuentra al término de aquella escalera infernal la dulce figura de la mujer amada?

Pero razón tiene de ser dificilísimo el acceso de la escalera mágica, por cuanto el que la recorra encontrará el «Caballo Alado», más veloz que el viento, casi casi tanto como el pensamiento... Caballero en el fantástico corcel, Ahmed se ve trasladado como por encanto a la «Caverna del Fuego»... Mas su amor parece que rodea su cuerpo con la piel de la salamandra... Un momento de vacilación, un instante de duda podía perderle... La «Caverna del Fuego» se hizo precisamente para poner a prueba si el que la traspasa está animado de un ideal capaz de imprimirle el valor necesario para salir victorioso... Y allí donde detuviéronse tantos héroes, Príncipes y hasta magos, Ahmed, por no haber vacilado ni un instante, consigue salir también victorioso e incólume...

Pero mientras Ahmed, siguiendo los impulsos de su enamorado corazón, lucha con denuedo sobrehumano contra los elementos más terribles, sus contrincantes no permanecen ciertamente inactivos, porque la luna ha aparecido ya varias veces en el firmamento.

El Príncipe de los Nogoles, no ha querido correr los riesgos de los demás pretendientes. En lugar de ir como un insensato en pos de

algo de valor incommensurable, prefiere ponerse de acuerdo con varios traidores para concertar el asalto del propio palacio del Califa.

Después de conseguir sus innobles propósitos y haber concertado la repugnante conspiración, decídese a su vez a tratar de encontrar por el mundo algo que merezca ser presentado a la Princesa.

No bien expirada la sexta luna, los tres Príncipes encuéntranse en las cercanías de Bagdad.

El Príncipe de las Indias ha encontrado la famosa Bola de Cristal en la cual se descubre el presente y el porvenir. El Príncipe de los Persas ha conseguido apoderarse del célebre Tapiz Volante. En cuanto al Príncipe de los Mogoles, ha podido encontrar la Manzana de Oro que conserva la salud y reintegra la vida.

El Príncipe de los Mogoles, siempre tortuoso e innoble, no vacila en mandar envenenar a la propia Princesa a fin de poder poner a prueba la eficacia de su hallazgo, pero así como él ha querido probar inmediatamente las facultades mágicas de la Manzana, también los demás Príncipes, deseosos de conocer las virtudes de los suyos, consultan la Bola de Cristal, merced a la cual descubren el estado desesperado en que ha sumido a la Princesa el veneno del Príncipe,

Mogol. Viendo éste mismo el resultado de su torpe hazaña, concibe un súbito temor, pues no está seguro del poder de la Manzana de Oro. Y pesarosos, los tres se ponen de acuerdo para volar en socorro de la Princesa agonizante.

Merced al Tapiz Volante, se trasladan a través del espacio y a una velocidad incalculable, al palacio del Califa de Bagdad.

—La Princesa está enferma—exclama el Califa.

—Lo sabemos...

—La Princesa muere.

—Traemos su salvación.

—Yo, con la bola mágica, he descubierto el penoso estado de su salud—exclama el Príncipe de las Indias adjudicándose el mayor mérito.

—Pero sin mi Tapiz Volante no hubiéramos llegado a tiempo—dice a su vez el Príncipe Persa rebatiendo a su contrincante.

—Y sin las virtudes mágicas de la Manzana de Oro, la Princesa no recobraría la salud—dice a su vez el Mogol.

Y en efecto, ya hemos visto como merced a lo primero se ha venido en conocimiento de la enfermedad, gracias a lo segundo se ha acudido con la prontitud del rayo, y realmente en virtud del poder de la Manzana de Oro la Princesa recobra su esplendente salud.

¿A quién conceder su mano? ¿Cuál es el tesoro más valioso de cada uno de ellos? El Califa se encuentra preocupadísimo, y ni sus sabios consejeros saben sacarle de tamaño apuro. En cuanto a la Princesa, no piensa ciertamente hacerlo escogiendo de propia voluntad entre aquellos pretendientes, pues su corazón pertenece por entero al Ladrón de Bagdad, y realmente sólo desea pasar el máximo de tiempo para dar lugar a que el ídolo de sus pensamientos pueda regresar de su excursión fantástica, portador sin duda del tesoro más preciado o a lo menos del más agradable a sus ojos de enamorada.

Viendo que el Califa no se decide, los Príncipes empiezan a concebir cierta indignación y cunde entre ellos el desagrado y el malestar. Y los sabios siguen deliberando y realmente no encuentran medio de adjudicar el precioso premio.

—En igualdad de circunstancias, sé tú, hija mía, quien escoja—suplica el Califa a la Princesa.

—Padre, hacedlo vos—contesta mañosamente la enamorada de Ahmed.—Bien sabéis que sólo deseo seros agradable acatando los deseos de vuestra voluntad.

Y siguen las deliberaciones y próxima está a aparecer la séptima luna y entre los

Príncipes ya reina la más declarada hostilidad.

El Príncipe Mogol cree llegado el momento de poner en juego la artimaña traidora que ha preparado. Congrega a los péridos que se le han vendido en Bagdad y concierta el próximo asalto de la ciudad por sus brutales y poderosas huestes.

No pasan muchos días sin que el temible y poderoso Príncipe reciba las innumerables tropas que necesita para llevar a efecto la vil hazaña. Los ancianos, los sabios y el propio Califa contemplan aterrorizados y presa de la mayor indignación aquellos bélicos preparativos, que cogiéndoles desprevenidos ponen seriamente en peligro su seguridad y la de la ciudad.

—Dentro de cinco días quiero saber vuestra contestación favorable a mi candidatura—ha dicho al Califa el Príncipe Mogol, que se ha impuesto a sus propios contrincantes, demasiado alejados de sus respectivos reinos para hacer venir tropas y combatir al desleal competidor.

—Sólo entregaré a mi hija al que la haya ganado en justicia—ha declarado noblemente el venerable padre.

—La ganará en justicia el que a la fuerza se apoderará de ella—replica el Príncipe.

Y el Príncipe Mogol se puso ostentosa-mente al frente de sus tropas esperando el

término del plazo que él mismo había fijado.

Entretanto, la Princesa empieza a ser presa de la más horrible ansiedad. Ve que el antipático Mogol se apoderará de ella haciéndola su esposa a la fuerza, y como Ahmed no sabe nada, seguramente no acudirá en su auxilio antes de que expire exactamente la séptima luna... ¿Y si hubiera muerto?... ¿Si hubiera fracasado?... Y los ojos refulgentes de la gentil Princesa destilaban lágrimas... y muchas reinas hubieran recogido para adornar sus pechos, aquellas riquísimas perlas...

¿Qué era, en efecto, de Ahmed?... ¿Por qué no había vuelto aún?...

EXPIRA EL PLAZO

Y habiendo llegado el término fijado por el Mogol, sus tropas lanzáronse brutalmente al asalto.

Los desprevenidos habitantes de Bagdad ofrecieron escasa resistencia, y a las pocas horas de lucha las tropas del Príncipe traidor entraban a saco en Bagdad, apoderándose

del palacio del propio Califa y reduciendo a éste a prisión.

Pero Ahmed daba ya señales de vida. En las cercanías de la ciudad se enteró de la conducta desleal del Príncipe Mogol. El Ladrón de Bagdad había conseguido nada menos que apoderarse de la Cajita Mágica... Y calcúlese de su desesperación al verse en posesión de tan preciado talismán y no poder evitar el quebranto que sin duda había de causar aquella felonía en el ánimo de la delicada princesita.

Sin perder un instante, púsose en camino y llegó frente a Bagdad precisamente en el instante en que el Príncipe daba permiso a su ejército para entregarse individualmente al saqueo, a la violación y a la rapiña...

Pero Ahmed ya estaba allí... Sin embargo, sólo ¿qué podía hacer?... ¡Ah! ¿Acaso no poseía la Cajita Mágica?... El talismán que poseía le daba el más grande poder del mundo; no debía hacer más que abrir los labios para ver sus deseos colmados... Viendo pues que se trataba de presentar batalla al Príncipe Mogol, invocó el poder de su tesoro y pidió un ejército numeroso y valiente que le permitiera derrotar al miserable.

Inmediatamente, como si surgieran de las entrañas de la tierra, brotaron miles de hombres que formaban el ejército más

vistoso que jamás soñar pudiera el más imaginativo capitán.

Ahmed, loco de júbilo, púsose al frente de la armada mágica, y cayendo sobre los mogoles los destruyó con su propio impetu y el de sus milagrosas huestes.

Llegado al palacio del Califa, consigue liberar a éste de la prisión que sufría, y alcanzando al Príncipe Mogol en el instante en que se disponía a huir con la Princesa desmayada en sus brazos, le hiere mortalmente...

.

AMOR

Naturalmente, el Califa no puso el menor obstáculo a que Ahmed se casara con su querida hija. ¿Acaso éste no había demostrado ser el hombre más bravo del mundo? El valor de su tesoro hallado nadie podía ciertamente discutirse...

Y la Princesa y Ahmed, encontraron el Tapiz Volante abandonado por su poseedor al huir cobardemente ante el Príncipe Mogol, así como la Bola de Cristal arrojada en



.. atravesó con ella nubes de ilusión sobre el Tapiz Volante...

la precipitación de la fuga por el tercer Príncipe. Y Ahmed, estrechando entre sus brazos a la mujer deliciosa que tanto amaba, y que él supo conquistar con tal tesón y acierto, atravesó con ella nubes de ilusión sobre el Tapiz Volante, realizando el más fantástico viaje de novios que enamorado alguno pudo jamás concebir...

Pero más que las bellezas que la naturaleza descorría a sus pies, Ahmed disfrutaba contemplándose en el fondo de las nítidas pupilas de la querida de su corazón...

Ella, la Princesa encantadora, estaba embelesada...

FIN

Del asunto de esta sugestiva película se editará en breve una lujosa novela por la reputada «Sociedad General de Publicaciones», que, no tenemos inconveniente en augurarle, obtendrá un resonante éxito.

El próximo número corriente de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA, aparecerá el miércoles, día 5 de noviembre. Su título es

El arte de ser distinguida y encantadora

Finísima comedia interpretada por los tan queridos artistas de todos los públicos

Wallace Reid y Lila Lee

Precio: 25 céntimos

□ □ □

Para el miércoles siguiente, día 12 del mismo mes, la esperada novela

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

por la Bertini y Gustavo Serena

Narración ideal

Precio: 25 céntimos.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ÚLTIMO ÉXITO

PARA TODA LA VIDA

Según el argumento escrito expreso para
la cinematografía por el insigne dramaturgo

JACINTO BENAVENTE

Pida este volumen en todos los

KIOSCOS Y LIBRERIAS

